

nando la sostenía en sus brazos y la cubría de besos.

— Fernando mío, ¿tú aquí? — murmuró. — ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza y el error; que duda de la luz quien no la ha visto nunca. Que soy el culpable y tú el juez. Perdóname.

Ella sonrió como deben sonreír los ángeles al recibir el alma de un justo en el paraíso, y tendiéndole la mano, dijo:

— Si has de quedar curado para siempre, te perdono este horrible susto. Y te presento á tu rival, á Lolo.

— ¡Qué malos ratos me ha hecho pasar!

— En realidad, yo he sido la culpable. Querías que fuera una mujer formal, y por darte gusto...

— Me ocultabas tus juegos infantiles. En mi egoísmo olvidaba que tienes quince años.

— Yo curaré al pobrecito herido y te juro que lo conservaremos siempre para que me recuerde mi culpa y tu perdón.



... inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas

AMELIA

I

La noche era tempestuosa y oscura; el aire cálido y bochornoso ahogaba la respiración; la atmósfera, cargada de la electricidad del calor, enviaba á la tierra relámpagos abrasadores que aumentaban el ardor de aquella angustiada noche de julio, y su brillante resplandor iluminaba en modesta habitación una escena desgarradora. Sobre humilde lecho yacía demacrado anciano en cuyo pálido rostro se veían las huellas destructoras de la muerte. A los lados sollozaban de ro-

dillas dos jóvenes: la una casi niña, preciosa flor en capullo; ya más mujer la otra, rosa fragante y lozana, Ambas besaban las manos del anciano y lloraban sin hablar; acababan de recibir la visita del Señor de los señores, y las pobres niñas no podían dominar la dolorosa emoción que las embargaba. El anciano contemplaba á las dos preciosas criaturas con mirada que revelaba la plena posesión en que estaba de su razón, al par que el más intenso dolor y la mayor ternura.

— Hijas mías — dijo al fin con temblorosa voz, — basta ya de lágrimas. Si al fin ha de ser lo que Dios tiene dispuesto, ¿á qué mortificaros de ese modo? Conformémonos con su santa voluntad. Alzad y escuchad, atentas.

Lo hicieron, procurando en vano contener las lágrimas que de su corazón brotaban y rápidas subían buscando salida por los ojos, y el anciano prosiguió:

— Deseo que después de mi... partida, sigáis viviendo cual hasta aquí, como dos tiernas hermanas, como si la propia sangre corriera por vuestras venas. Vais á quedar entregadas á vosotras mismas; sed escudo mutuo la una de la otra en las difíciles pruebas de la vida, protegeos y amparaos con recíproco interés. Tú, Amelia, que eres mayor y de juicio más sereno, júrame que velarás por mi Salvadora y la conducirás por el recto camino que tú vienes siguiendo.

— Mi noble protector — repuso la aludida, dominando con su firme voluntad la violencia de su dolor, — cuando hace cuatro años perdí á mi padre, quedaba sola en el mundo, y usted me recogió dándome con

tanta generosidad como cariño por hogar su propio hogar, por hermana su misma hija, por apoyo su noble corazón...

— Hice lo que debía, hija mía. Tu padre era para mí un hermano.

— Esto no disminuye la importancia de su bella acción ni mi agradecimiento. Además del deber de gratitud que hoy empiezo á cumplir, me une á Salvadora el lazo del cariño más entrañable, y juro ser para ella á la vez madre y hermana. Juro sacrificar mi dicha á la suya, si es preciso, y dedicarla mi vida entera.

— ¡Oh!, gracias, gracias. A ti, mi Salvadora querida, te recomiendo que sigas sus consejos é imites en todo su ejemplo: es digna de ello.

— La quiero con todo mi corazón — repuso la joven — y nada en el mundo podrá separarnos.

La inexperta niña no contaba con esos mil accidentes de la vida que logran vencer la voluntad más firme.

El anciano murmuró con voz cada vez más débil:

— Abrazaos, hijas mías, é inclinaos hacia mí.

Los brazos de las interesantes jóvenes se enlazaron con la mayor ternura, latieron juntos sus nobles corazones, se confundieron sus hermosos cabellos, y así unidas se inclinaron hacia el doliente anciano.

— Que Dios os bendiga como lo hago yo — articuló apenas, poniendo sus temblorosas manos sobre las juveniles cabezas; — que sólo la muerte rompa tan deliciosa unión. Así, así quiero veros siempre desde el

cielo. Me parecís... dos ángeles que bajan... á recoger mi alma. Adiós, no lloréis..., nos... veremos... allá arriba...

Sonrió un instante cual si viera celestes visiones y se desplomó sobre la almohada.

— ¡Padre mío! — exclamó la infeliz niña, palpando su frente y su corazón. — ¡Muerto, muerto! — gritó con infinita desesperación. — ¡Ya estoy sola en el mundo!

— ¿Sola, hermana mía? — interrogó Amelia, arrancándola del lecho.

— No, Amelia mía, perdóname. Tú lo serás todo para mí.

— Todo, mi Salva querida, que mi amor resumirá el de cuantos seres has perdido.

Un estrecho abrazo las unió de nuevo y confundió sus lágrimas.

II

El rápido transcurso del tiempo hace que todo cambie en la vida; lleva en su seno el espíritu de lo variable, sorpresas inesperadas, transformaciones á veces necesarias y bálsamos sin los cuales el alma humana sucumbiría á los crueles golpes del dolor.

En la misma habitación donde escena tan desgarradora hemos presenciado, un año más tarde tenía lugar otra bien diferente. Las sonrisas de la alegría reemplazaban á las amargas lágrimas; los colores de la animación y de la vida embellecían los hechiceros

rostros, antes tan pálidos; palabras de esperanza se oían en lugar de los ayes del dolor, y todo respiraba satisfacción y contento en la humilde morada.

Las pobres jóvenes no habían olvidado; pero se dejaban arrastrar por la fuerza irresistible que las impelía al encanto de la vida, y cicatrizada en parte la herida por la muerte abierta en sus corazones, éstos se abrían á la esperanza como tras nebuloso invierno abre la flor su perfumada corola á los rayos vivificantes del sol primaveral. Sentadas ambas muy cerca una de otra y con las manos enlazadas, acababan de leer una carta que Amelia conservaba abierta y que había sido nuncio de buenas nuevas á juzgar por el gozo que reflejaba el rostro de ésta.

— Ya lo ves — decía radiante de placer, — llegó con felicidad á Cádiz y hoy mismo le tendremos aquí. Sí, hoy mismo, no hay duda, puesto que la carta es atrasada y dice dentro de cinco días. Estamos en el quinto; muy pronto le verá. Estoy loca de alegría, hermana querida.

— Y yo también; tu dicha me colma de placer. Tu felicidad hará la mía.

— Es que esta felicidad ha venido de una manera inesperada; ¡yo no la aguardaba tan pronto! Verle con con mis propios ojos, no con los de la ilusión; estrechar sus manos después de seis años de ausencia; tenerle aquí, entre las dos, mirándome yo en sus amantes ojos, recibiendo tú su fraternal ternura, porque él te querrá como un hermano, es una dicha

tan grande, tan completa, que siento vacilar mi alma al peso de tan inmenso placer.

— ¡Cuánto le amas!

— ¡Que si le amo! Con tan ciega idolatría, con tan loca pasión, con tan incesante frenesí, que yo misma me asusto del fuego de mi corazón, de la fuerza de este amor que pasa los límites humanos y dedica á un hombre el culto que sólo á Dios se debe rendir. Tengo hasta remordimientos, y cuanto más lucho por bajar el ídolo á la esfera que debe ocupar, á mayor altura se eleva, más se apodera de todo mi ser, me domina, me esclaviza, y más y más le adoro.

— ¡Pobre Amelia! ¡Caíste en las redes de Cupido!

— Hace mucho tiempo, bien lo sabes. Criados casi juntos en la infancia por la amistad de nuestros padres, nos queríamos en esa feliz edad con singular extremo. Crecimos y á la par creció nuestro mutuo cariño, al ver el cual los respectivos padres acordaron nuestro enlace para cuando él fuera todo un hombre y yo toda una mujer. Murió su padre antes de poder realizar sus deseos, pidiéndole me diera su nombre. Al dejar el mío este mundo, recordarás que también me encargó que fuera su esposa. Él, que me amaba como siempre y se encontraba atrasado en su carrera, se fué á Cuba, de donde hoy vuelve hecho un arrogante capitán á reclamar mi palabra y á cumplir la suya uniéndonos en santo lazo.

— Toda esa tierna historia la sé de memoria, Amelia mía — repuso Salvadora sonriendo.

— Tienes razón, te la he contado mil veces. Pero tengo especial placer en repetirla por recordar que nos amamos casi desde que nacimos y que ni el tiempo ni la ausencia han podido entibiar nuestro amor.

— Otra cosa era imposible. Habiéndote conocido, ¿quién puede dejar de amarte?

— ¡Aduladora! Después te toca á ti, mi Salvita querida. (Así la llamaban familiarmente.) Verificado nuestro matrimonio, hemos de pensar en tu dicha. Elegirás entre los varios jóvenes que te adoran el que sea más de tu gusto y más digno de ti, os llevaremos á la iglesia, y siempre junta la doble pareja, haremos de esta casa un paraíso.

Un fuerte campanillazo impidió continuar á la bella joven; su corazón latió con violencia, su rostro enrojeció por la emoción y se lanzó á la puerta como el rayo, gritando:

— ¡Julio, Julio mío!

Pronto se oyeron entrecortadas frases de alegría, vivas exclamaciones de ternura.

— ¡Por fin te veo aquí — decía Amelia, — por fin estamos juntos!

— Sí, y para siempre, Amelia mía — respondía él con vehemente acento.

Acto seguido aparecieron en la sala el arrogante militar, de simpática fisonomía y elegante figura, y la enternecida Amelia.

— Aquí tienes á mi hermana — dijo la última — no

hago vuestra mutua presentación porque os conocéis ambos aunque nunca os habéis visto.

Salvadora se puso en pie y el capitán avanzó un paso, que pronto retrocedió, asombrado al ver aquella delicada y peregrina belleza.

La magnética mirada de ella chocó con la negra pupila de él, y... no sabemos lo que pasó por ambos; pero ella enrojeció al bajar los ojos y él los apartó palideciendo.

— Cierto — dijo por fin balbuceando, — conozco hace mucho tiempo á esta señorita por lo que de ella te ocupabas en tus cartas.

— Y yo — repuso Salvadora — le hubiera á usted reconocido entre mil por el retrato que tantas veces me ha hecho Amelia.

Siguieron las expansiones del afecto, los recuerdos del pasado, las descripciones de lo ocurrido durante la ausencia, y Amelia, loca de ventura, abría los ojos para convencerse de que no soñaba y repetía con íntimo gozo:

— No hay en el mundo felicidad como la mía. Es completa, segura, sin luchas ni temores. Nuestro mutuo amor ha pasado por todas las pruebas sin perder un átomo de su fuerza; nuestros padres lo bendicen desde el cielo como ya lo hicieron en tierra; mi hermana querida nos acompaña con su aprobación y su ternura. ¿Quién más feliz que yo? Nada amarga nuestra dicha, ni una nube empaña el radiante cielo de nuestro porvenir.

— Cierto, Amelia, cierto — afirmó Julio.

— ¡Oh! Si de pronto perdiera dicha tan completa, moriría — añadió entristecida.

— Por fortuna no será así. Todo lo traigo arreglado y muy pronto serás mi esposa.

III

Todo lo traía arreglado por su parte, en efecto; pero faltaba disponer los documentos pertenecientes á la novia, y en esta tarea transcurrió un mes, durante el cual Amelia fué despertando poco á poco de su hermoso sueño al ver que Julio estaba cada día más triste y abstraído, y Salvadora más pálida y preocupada.

Interrogaba á Julio y éste le respondía:

— No tengo nada. Las penalidades de la campaña han hecho mi humor concentrado y sombrío. Tu amor me curará.

— Nada tengo — contestaba Salvadora. — Siento una vaga tristeza que no me es posible definir por carecer de causa. Eso es todo.

Julio y Salvadora se demostraban un mutuo y visible despego que no pudo menos de chocar á Amelia. Procuraban siempre estar lo más lejos posible uno de otro y evitaban cruzar la palabra y aun la mirada. Una mujer vulgar hubiera tomado aquella indiferencia por repulsión; pero Amelia, reflexiva y analizadora, no podía engañarse.